

INSTITUTO DE ESTUDIOS CANARIOS
en la UNIVERSIDAD DE LA LAGUNA

Dibujo de la cubierta:
R. MONZÓN
(Mantilla y pita, en *Cartones*, 1930.)

ANDRÉS DE LORENZO-CÁCERES

Isla de Promisión



Edición, introducción y notas de
MIGUEL MARTINÓN

INSTITUTO DE ESTUDIOS CANARIOS
en la UNIVERSIDAD DE LA LAGUNA

1990

INTRODUCCIÓN

LA PRIMERA publicación de Andrés de Lorenzo-Cáceres es de 1929; la última, por ahora, es de 1971. El repaso de la obra editada entre esas dos fechas muestra que Lorenzo-Cáceres no ha mantenido siempre una dedicación regular a la escritura. También revela una diversidad de intereses y géneros: la creación literaria en verso y en prosa, el ensayo literario e histórico, la historia y la crítica literaria, e incluso la más estricta investigación histórica. En términos generales, puede afirmarse la calidad sostenida y la importancia del conjunto de esa obra, que aparece en épocas históricas diferentes: la anterior y la posterior a la Guerra Civil.

Pero creo que reclaman nueva valoración ciertos textos publicados por Lorenzo-Cáceres antes de 1936. Me refiero a *Isla de promisión* (1932, pero publicada ya en la prensa desde 1930), *El poeta y San Marcos* (1932) y *Las Canarias de Lope* (1935). Se trata de títulos que han circulado muy escasamente y que son muy mal conocidos. Y, sin embargo, es en ellos donde me parece ver lo más perdurable de la obra de Lorenzo-Cáceres: justamente en los textos en que se identificó de forma más plena con el proyecto de la Vanguardia insular.

Nacido en La Orotava (Tenerife) en 1912, Andrés de Lorenzo-Cáceres fue el más joven entre aquellos jóvenes escritores y artistas que protagonizaron en las Islas el brillante ciclo de la Vanguardia. Desde sus dieciséis años, Lorenzo-Cáceres comienza a colaborar, con breves composiciones literarias en prosa, en los periódicos de Santa Cruz de Tenerife. Estos primeros escritos de Lorenzo-Cáceres presentan caracteres que habrían de permanecer en toda su obra ulterior: claridad en el diseño compositivo, agudeza y finura de observación, y una elocución culta esmeradamente precisa y cuidada, y siempre tensa por la riqueza de imágenes.

Conviene señalar, por otra parte, que la extrema juventud de nuestro autor lo hacía fácilmente receptivo y permeable a las nuevas tendencias estéticas. En la época a que nos referimos (1929 y 1930) hace ya varios años que otros jóvenes se esforzaban en asimilar y difundir en el medio cultural insular los nuevos lenguajes vanguardistas.

Recuérdese que por entonces está ya concluido el momento auroral de la revista *La Rosa de los Vientos* (1927-1928) y que han aparecido los primeros libros de la «nueva literatura»: *Líquenes*, de Pedro García Cabrera, en 1928; *Lancelot, 28º-7º*, de Agustín Espinosa, en 1929, y *Campanario de la primavera*, de Emeterio Gutiérrez Albelo, en 1930. Estos títulos —como aquella revista— eran fruto de un ambiente generacional alentado por el espíritu de libertad creadora y el designio de innovación que definieron las vanguardias históricas.

Es ocioso insistir aquí en que las nuevas generaciones —no sólo en las Islas, sino, en general, en el mundo hispano— vivieron con patética lucidez la necesidad de inscribir su creación en unas coordenadas de actualidad. Sólo nos interesaba recordar que, ya desde sus primeras apariciones, la escritura de Lorenzo-Cáceres, impregnándose del espíritu de la Vanguardia y apropiándose de sus modos expresivos, trata de situarse a la altura de la prosa de su tiempo. Pero, como es sabido, la asimilación de la Vanguardia en las Islas siguió unas vías peculiares, que también deben tenerse en cuenta para definir la situación en que surge el texto que habría de llegar a titularse *Isla de promisión*.

Este texto fue el de la conferencia pronunciada por Lorenzo-Cáceres el 5 de diciembre de 1930 en la Asociación de Estudiantes Universitarios, en La Laguna, cuando él mismo estudiaba la carrera de Derecho en esta Universidad. La conferencia, titulada «Conversación sobre motivos regionales», fue publicada con este mismo título pocos días después en el diario *La Tarde*, de Santa Cruz de Tenerife (9 y 10 de diciembre). Dos años más tarde, a finales de 1932, Lorenzo-Cáceres recogió en un cuaderno el texto de aquella conferencia, dándole ahora el título de *Isla de promisión* y añadiéndole un breve prólogo, en el que recuerda ciertos hechos relevantes de la historia cultural de las Islas en 1930.

Entre estos hechos tiene una especial importancia la exposición que los alumnos de la Escuela de Bellas Artes «Luján Pérez», de Las Palmas, presentan en Tenerife en mayo de 1930. Conviene recordar que la Escuela «Luján Pérez» (creada por Domingo Doreste en 1918) había ido definiendo durante los años 20 una línea de vanguardia muy peculiar. La atención al paisaje insular, a la flora autóctona, a los tipos humanos canarios y al arte prehispánico, junto con una clara voluntad innovadora, cristalizaron en una propuesta plástica de induda-

ble interés. La primera exposición colectiva de la Escuela se presentó en Las Palmas durante diciembre de 1929 y enero de 1930. Participaron en ella diecinueve alumnos —pintores y escultores—, entre ellos Felo Monzón, José Jorge Oramas, Santiago Santana, Jesús Arencibia, Juan Márquez Peñate, Juan Jaén y Plácido Fleitas. En mayo de este año 1930 se presenta esa exposición en el Círculo de Bellas Artes de Santa Cruz de Tenerife. Tanto en la apertura como en la clausura de esta exposición interviene Ernesto Pestana Nóbrega, quien reconoce en las obras de la Escuela «un profundo sentido regional»¹. Miguel Pérez Corrales ha indicado que el texto leído por Pestana en el acto de inauguración es «un texto verdaderamente central y donde siguen operando a la perfección los principios de *La Rosa de los Vientos*. Pestana —y nadie mejor que él podía hacerlo— emparenta a la revista con esta exposición»².

Durante los días de la exposición Pedro García Cabrera lee su ensayo-manifiesto «El hombre en función del paisaje». García Cabrera pertenecía al grupo de escritores y artistas que poco después va a publicar la revista *Cartones*, y en su ensayo definía la poética de lo insular que unía a los miembros de aquel grupo. Valga recordar aquí que desde la época de *La Rosa de los Vientos* Agustín Espinosa, Juan Manuel Trujillo y Ernesto Pestana Nóbrega venían planteando un proyecto estético que aunaba universalidad e insularidad; puede decirse, pues, que García Cabrera y los otros colaboradores de *Cartones* coinciden, en lo esencial, con aquel proyecto. En su ensayo, García Cabrera sostiene que «la imagen primaria del hombre se modela en su paisaje nativo y a ella reduce —amolda— las percepciones y las impresiones, siempre. Por toda la cadena de sus días fervorosos». Y, en los párrafos que añade a su ensayo al publicarse éste en la prensa local, mantiene que «nuestro arte hay que elevarlo sobre paisaje de mar

¹ Cf. ERNESTO PESTANA NÓBREGA, «En la Exposición de la Escuela 'Luján Pérez'», *Gaceta de Tenerife*, 10 de mayo de 1930 y «Clausura de la Exposición de la Escuela 'Luján Pérez'», *La Tarde* (Santa Cruz de Tenerife), 3 de junio de 1930. [Recogidos en ID., *Polióramas*, Recopilación, introducción y notas de Nilo Palenzuela, Universidad de La Laguna/Instituto de Estudios Canarios, 1989.]

² Cf. MIGUEL PÉREZ CORRALES, *Agustín Espinosa, entre el mito y el sueño*, Ediciones del Cabildo de Gran Canaria, 1986, pág. 348.

y montañas. Montañas con barrancos, con piteras, con euforbias, con dragos»³.

Unas semanas después de aparecer el ensayo de García Cabrera, publicaba Lorenzo-Cáceres en el mismo periódico un breve ensayo titulado, justamente, «Geometría del paisaje». La fecha de aparición de este ensayo y el hecho de que vaya dedicado a Felo Monzón nos obligan a relacionarlo con la exposición de la Escuela «Luján Pérez» y con el ensayo de García Cabrera. En la misma línea de reflexión que éste, Lorenzo-Cáceres señala que el agave y los volcanes hacen que el paisaje insular sea «un paisaje espiritualizado, verticalmente lírico»; mientras que la esfera del cielo y el círculo del mar le dan «profundidad» a ese paisaje⁴.

No podemos dejar de reseñar aquí que *Cartones* recogía otro ensayo de Andrés de Lorenzo-Cáceres sobre el historiador canario Juan Núñez de la Peña (1641-1721), en quien destaca la *virtud* de ser «más poeta que historiador». Y hemos de recordar asimismo que en la única y breve, pero significativa entrega de esta revista, junto a poemas de Pedro García Cabrera, Domingo López Torres, Julio de la Rosa y José Antonio Rojas, y otros ensayos de Juan Rodríguez Doreste, Francisco Aguilar y Oscar Pestana Ramos, se incluían dibujos de Felo Monzón, Juan Ismael y Santiago Santana.

La exposición de la Escuela «Luján Pérez» se presentó también en el Ayuntamiento de La Orotava. En el acto de inauguración Eduardo Westerdahl elogia tanto a *La Rosa de los Vientos* como a *Cartones* «por su lucha a lo pintoresco, a los caracteres típicos» y señala el «regionalismo exacto» de *Cartones*⁵. Nilo Palenzuela ha destacado la significación histórica de estas exposiciones de la Escuela «Luján Pérez»

³ Cf. PEDRO GARCÍA CABRERA, «El hombre en función del paisaje», *La Tarde*, 16, 17, 19 y 21 de mayo de 1930. [Recogido en ID., *Obras completas*, vol. IV, Ediciones del Gobierno de Canarias, 1987, págs. 201-209.]

⁴ Este ensayo de Lorenzo Cáceres (publicado en *La Tarde*, 26 de junio de 1930) lo recogemos en apéndice en este volumen.

⁵ Citado en MIGUEL PÉREZ CORRALES, «Cuaderno de bitácora de la Vanguardia insular, III: 1929-1930», *Jornada* (Santa Cruz de Tenerife), 8 de agosto de 1981 (supl. *Jornada Literaria*, n.º 36).

en Tenerife, que considera un auténtico hecho generacional de primer orden en la evolución de la Vanguardia insular. Las orientaciones de la Escuela venían a coincidir con los escritores de *La Rosa de los Vientos* y con los del grupo de *Cartones* tanto en el rechazo del paisajismo y el costumbrismo decimonónicos como en el designio de aunar un espíritu de innovación, de modernidad, de universalidad, con la conciencia de la fidelidad a un país y a su historia. Por ello, dice Nilo Palenzuela,

La exposición de la Escuela «Luján Pérez» se nos convierte así no en un hecho anecdótico de nuestra historia artística, sino en un fiel exponente de una alternativa de cambio. Este contacto de 1930 sitúa a poetas y pintores frente a una estrategia común: alcanzar la modernidad, pero, y está aquí su importancia, ofreciendo una imagen insular con coordenadas propias y contribuyendo a la construcción de una hora estética de creación absoluta⁶.

Hemos recordado las exposiciones de la Escuela «Luján Pérez» y la aparición de la revista *Cartones* porque sólo por referencia a aquel momento de la vida cultural de las Islas se puede entender la significación del ensayo «Geometría del paisaje» de Lorenzo-Cáceres, así como su «Conversación sobre motivos regionales». Especial interés tiene también recordar que cuando esta conferencia se volvió a publicar, en 1932, con el título *Isla de promisión*, se ocuparon de ella, con sendos artículos en la prensa de Tenerife, Emeterio Gutiérrez Albelo, María Rosa Alonso y Agustín Espinosa⁷.

Las encendidas, trémulas líneas de Gutiérrez Albelo se alejan decididamente de la reseña convencional —según fue práctica usual del autor en aquella época— para convertirse en una forma de *crítica militante*. Ya el propio título del texto de Gutiérrez Albelo subraya bien

⁶ Cf. NILO PALENZUELA, «La exposición de la Escuela 'Luján Pérez', de 1930: un encuentro generacional», *Jornada*, 8 de enero de 1983 (supl. *Jornada Literaria*, n.º 99).

⁷ Señalemos también que en el número 2 (diciembre de 1932) de *Hoja Azul* (publicación escolar promovida por Agustín Espinosa en el Instituto de Enseñanza Media de Las Palmas) apareció una reseña de *Isla de promisión*, firmada por A. Zamora; cf. M. PÉREZ CORRALES, *Agustín Espinosa, entre el mito y el sueño*, citado, pág. 381.

claramente su condición de crítica de primera hora: «Telegramas de urgencia sobre *Isla de promisión*». Andrés Sánchez Robayna, que ha recopilado la obra crítica de Gutiérrez Albelo de los años 1929-1936, ha señalado que

Suele estar definida esta escritura no tanto por lo analítico como por lo sintético, no tanto por lo directo como por lo oblicuo o alegórico. La *complicidad* es su signo; y su nota más característica, tal vez, el proponerse no como un texto crítico en un sentido estricto sino como una *escritura paralela* al texto comentado, cuyo espíritu es en cierto modo prolongado por el comentario⁸.

Este tipo tan peculiar de crítica (muy cultivado también por Agustín Espinosa) no excluye, por supuesto, la presencia de observaciones propiamente «críticas». Así, Gutiérrez Albelo destaca «la claridad», «la clásica armonía» del texto de Lorenzo-Cáceres⁹. Son éstos también los rasgos que señala María Rosa Alonso en su breve nota sobre *Isla de promisión*. La joven escritora estima al autor «limpio prosista» y afirma que «Lorenzo-Cáceres prende de diez colores —diez cuentas de color— los hilos sutiles, bellos que caen de su pluma en forma de palabras armoniosas, devotamente cuidadas»¹⁰.

Por su parte, Agustín Espinosa también considera a Lorenzo-Cáceres «prosista exquisito de la nueva generación canaria» y observa que «frente a la prosa esmerada, fragante, minuciosa y limpia de Lorenzo-Cáceres, la palabra *clasicismo* intenta en vano dar un nombre a lo que poco o nada le conviene»¹¹. Pero interesaba convocar aquí el

⁸ Cf. EMETERIO GUTIÉRREZ ALBELO, *Poemas surrealistas y otros textos dispersos (1929-1936)*, Recopilación e introducción de Andrés Sánchez Robayna, Universidad de La Laguna/Instituto de Estudios Canarios, 1988, pág. 12.

⁹ Cf. EMETERIO GUTIÉRREZ ALBELO, «Telegramas de urgencia sobre *Isla de promisión*», *La Tarde*, 30 de noviembre de 1932; se recoge en apéndice en este volumen.

¹⁰ Cf. MARÍA ROSA ALONSO, «*Isla de promisión*, por Andrés de Lorenzo-Cáceres», *Hoy* (Santa Cruz de Tenerife), 10 de diciembre de 1932; también se recoge en apéndice de este volumen.

¹¹ Cf. AGUSTÍN ESPINOSA, «Cuenta de pasión. La isla prometida de A. de Lorenzo-Cáceres», *La Prensa* (Santa Cruz de Tenerife), 31 de diciembre de 1932. [Recogido en ID., *Textos (1927-1936)*, edición de Alfonso Armas Ayala y

apasionado ensayo de Espinosa, sobre todo porque en él vemos cómo el antiguo animador de *La Rosa de los Vientos* discierne lúcidamente las tesis de Lorenzo-Cáceres y se identifica con ellas. En su conferencia, que tenía también el aire de un manifiesto, Lorenzo-Cáceres reclamaba para la «novísima generación» («la generación de 1930», que para él es la de los editores de *Cartones*) la tarea de «dar traducción al lenguaje poético de las cosas originales de Canarias», para que «cada cosa adquiriera ilustración, que cada objeto reúna su caudal de alusiones». En el capítulo titulado «Pardo. Cuenta de humanidad» leemos:

La parte que de las cosas nos solicita es aquella que tienen de espejo, donde florecen las alusiones. Recuerdo una conversación mía con el poeta Gutiérrez Albelo, de regreso de la playa de San Marcos, pulida como una concha de cristal terminada de plata, en la que refiriéndose a un racimo de plátanos que caía sobre el camino, me decía: «Antes no me hubiese llamado la atención la presencia de este racimo. Ha sido justamente una talla de la escuela canaria 'Luján Pérez' la que ha puesto en mí esta comprensión hacia su constitución robusta y equilibrada, de un verde húmedo y alegre». (...) Sembradores de alusiones deberían ser los prosistas y poetas de la novísima generación, dejando su alma impresa aquí y acullá, en esta y aquella cosa.

A Agustín Espinosa no podía escapársele inadvertido ese proyecto de Lorenzo-Cáceres de «sembrar de alusiones el paisaje canario». Y, así, en su texto sobre *Isla de promisión* escribe:

Andrés de Lorenzo-Cáceres tiene una isla de promisión. Tiene una isla sobre la que sabe decir poéticas cosas exactas. Una isla abstracta, ideal, profética. Una isla de San Borondón con parrales históricos, testimoniados ya por Shakespeare y aun por Mayne Reid. Una isla de soledad, que busca desoledarse, que lucha por ello y en cuyo batallar es animada por el alto redoble de las parras.

A partir de estas observaciones de Espinosa, trataré en lo que sigue de presentar tres aspectos que me parecen esenciales en *Isla de*

Miguel Pérez Corrales, Aula de Cultura de Tenerife, 1980, págs. 123-124.] Lo incluimos también en apéndice en este volumen.

promisión. E intentaré también —aun a riesgo de repetirme— indicar cómo esos aspectos habían sido y seguirían siendo el centro de reflexión de los jóvenes de aquella «generación literaria que amanece en Canarias con *La Rosa de los Vientos*», por decirlo con la conocida expresión de Agustín Espinosa¹².

En *Lancelot*, 28°-7° había dicho Espinosa que «una tierra sin tradición fuerte, sin atmósfera poética, sufre la amenaza de un difumino total»¹³. Ahora, al dar noticia de la salida de *Isla de promisión*, dice Espinosa: «una isla de soledad que busca desolejarse». Con esta fórmula tan lograda recubría el núcleo de la conferencia-manifiesto de Lorenzo-Cáceres, que coincidía sustancialmente con el «mito atlántico» que el propio Espinosa y los otros animadores de *La Rosa de los Vientos* venían defendiendo desde el nacimiento de esta revista en 1927.

Ahora bien, para aquellos jóvenes ese proyecto suponía la defensa de «universalismo sobre regionalismo» como rezaba el lema del «Primer manifiesto de *La Rosa de los Vientos*»¹⁴. Durante años, y contra un medio hostil, los jóvenes vanguardistas canarios tuvieron que definir su posición frente a todas las diversas formas de la herencia naturalista del siglo XIX: tipismo, costumbrismo, localismo, realismo más o menos ramplón, etc. En plena coincidencia con Espinosa y los otros vanguardistas, Lorenzo-Cáceres dice que en el siglo XIX «los temas regionales se falsifican como nunca». La creación de aquel «mito atlántico» sólo podía hacerse desde unos presupuestos estéticos consciente y radicalmente modernos.

¹² Cf. AGUSTÍN ESPINOSA, «Poesía atlántica. EGA: CDLP. 1930», *Heraldo de Madrid*, 2 de abril de 1931. [Recogido en *Textos*, págs. 94-95.]

¹³ Cf. AGUSTÍN ESPINOSA, *Lancelot*, 28°-7° (*Guía integral de una isla atlántica*), edición de Nilo Palenzuela, Biblioteca Canaria de Bolsillo, Editorial Interinsular, Santa Cruz de Tenerife, 1988, pág. 9.

¹⁴ Publicado en *La Prensa*, 1 de febrero de 1928. Este manifiesto va firmado por Juan Manuel Trujillo, Agustín Espinosa, Ernesto Pestana Nóbrega, Pedro de Guezala, Agustín Miranda, Pedro Perdomo Acedo, Félix Delgado, Juan Rodríguez Doreste, Rafael Navarro, Carlos Pestana, Xavier Casais y José Espinosa García. Según Pérez Corrales, el manifiesto «debió de ser redactado por los tres primeros o por Juan Manuel Trujillo solo»; cf. M. PÉREZ CORRALES, *Agustín Espinosa, entre el mito y el sueño*, citado, pág. 320.

Y digamos, por último, que los vanguardistas canarios vivieron la conciencia de un hecho histórico diferencial: la conciencia de una tradición insular propia. La célebre frase de Espinosa que hemos citado antes («una tierra sin tradición fuerte, sin atmósfera poética, sufre la amenaza de un difumino total») plantea esa dirección hacia el pasado: la necesidad de estudiar y afianzar esa tradición propia. Decidido a realizar ese proyecto, «Espinosa —como dice Pérez Corrales— inicia su prospección en el pasado isleño antes que nadie, en su tesis sobre el tan olvidado como relevante Clavijo y Fajardo, en 1924, y con su pesquisa de romances»¹⁵. Como se sabe, en esa búsqueda de una tradición literaria insular viva fueron decisivos los estudios de Angel Valbuena Prat. Justamente son las opiniones de Valbuena las que sigue Lorenzo-Cáceres en *Isla de promisión* al valorar en los comienzos de aquella tradición, en el Siglo de Oro, «la inspiración marina del divino Cairasco y la musa terrestre del Bachiller Viana»¹⁶.

Como se ve, los asuntos abordados por Lorenzo-Cáceres en su texto de 1930 habían ocupado la atención de los jóvenes vanguardistas de las Islas desde varios años antes. Y hay que añadir que durante los años de la Segunda República, pese a la intensa atracción que el surrealismo ejerce entonces sobre los jóvenes, las cuestiones relativas a la insularidad no son olvidadas. Pienso, por ejemplo, en uno de los prosistas y teóricos más interesantes de la generación vanguardista insular como fue Juan Manuel Trujillo. Este, en efecto, dedica en 1934 y 1935 una atención cada vez mayor a la literatura insular y, concretamente, en tres artículos sucesivos de 1934 aborda respectivamente,

¹⁵ Cf. M. PÉREZ CORRALES, *Agustín Espinosa, entre el mito y el sueño*, citado, pág. 361.

¹⁶ Esta contraposición de un Cairasco «marino» frente a un Viana «terrestre» la plantea Valbuena Prat en el capítulo I («Viana y Cairasco») de su *Historia de la poesía canaria, I*, editada por la Universidad de Barcelona en 1937. Lorenzo-Cáceres pudo utilizar ese esquema crítico ya desde 1930 porque aquel capítulo del libro de Valbuena llegó a publicarse (aunque sólo parcialmente y con el título «Dos poetas canarios del Siglo de Oro») en un espacio muy representativo de los vanguardistas insulares: la página «La nueva literatura» de *La Tarde* (núms. 6 y 7, 23 de agosto y 10 de septiembre de 1929). (También Agustín Espinosa recurrió a ese esquema de Valbuena en 1931, en el artículo citado «Poesía atlántica. EGA: CDLP. 1930».)

la necesidad de la fundación de un mundo atlántico, del estudio de la tradición propia, y de la actualidad y calidad de la creación insular¹⁷.

Isla de promisión es, pues, uno de los momentos en que aspiró a formularse teóricamente el proyecto generacional de los vanguardistas canarios. Pero, dentro de la plural modulación de aquel proyecto colectivo, el texto de Lorenzo-Cáceres no deja de admirarnos y conmovernos. Este texto traspasado de lucidez, finura, contenida pasión y referencias cultas, esta «conversación sobre motivos regionales», fue leída ante sus jóvenes compañeros por un estudiante universitario de sólo dieciocho años, en «aquella hora inolvidable entre las cinco y las seis de la tarde de aquel 5 de diciembre, brumoso y frío».

MIGUEL MARTINÓN

Santa Cruz de Tenerife, 20 de octubre de 1989.

¹⁷ Los artículos se titulan «Siete islas en busca de autor», «¿Existe una tradición?» y «El lenguaje poético de nuestro islario», y aparecieron en *La Tarde*, 1 de marzo, 9 de octubre y 20 de noviembre de 1934. [Recogidos en JUAN MANUEL TRUJILLO, *Prosa reunida*, Aula de Cultura de Tenerife, 1986, págs. 146-151.]

NOTA SOBRE LA EDICIÓN

Según se indica en nuestra «Introducción», antes de editarse en cuaderno en 1932, *Isla de promisión* había aparecido en el diario *La Tarde*, de Santa Cruz de Tenerife (9 y 10 de diciembre de 1930), con el título primitivo «Conversación sobre motivos regionales». La publicación de 1932 es un cuaderno en octavo menor, de treinta páginas, de sobria tipografía, y con fecha y precio (2 ptas.) en la cubierta pero sin pie de imprenta. En esta nueva edición de 1932 el autor no sólo cambió el título, sino que añadió un prólogo y modificó —aunque sólo ligeramente— el texto. De estos cambios, unos tienen por objeto eliminar el carácter originariamente oral del ensayo; otros son supresiones de referencias a circunstancias muy precisas de 1930. En la presente reedición se reproduce el texto de 1932, y se indican en nota esas variantes respecto del publicado en 1930 en *La Tarde* (que se indicará por *LT*).

Se incluye también, en apéndice, en este volumen el breve ensayo «Geometría del paisaje», redactado poco antes de «Conversación sobre motivos regionales» y al que el autor aludía en su conferencia. En el mismo apéndice van los respectivos textos con que Emeterio Gutiérrez Albelo, María Rosa Alonso y Agustín Espinosa comentaron en las semanas finales del año 1932 la reciente salida de *Isla de promisión*. Tanto aquel ensayo como estas reseñas pueden servir para aproximarnos más adecuadamente no sólo a *Isla de promisión*, sino también al contexto intelectual en que se produjeron la salida de este ensayo y su recepción.

Puede encontrarse mayor información sobre el autor en mi estudio «La obra literaria de Andrés de Lorenzo-Cáceres», incluido en el libro *La isla sin sombra* (Aula de Cultura de Tenerife, 1987).

M. M.

ISLA DE PROMISIÓN

[PRÓLOGO DE 1932]

Isla de Promisión es el texto de una conferencia leída en la Asociación de Estudiantes Universitarios de La Laguna, el día 6 de diciembre de 1930. En este mismo año se editó en Santa Cruz de Tenerife una revista titulada *Cartones*, cuyo único número confesaba el propósito regional de la publicación, saludada con júbilo y cariño desde *La Gaceta Literaria*, por Ernesto Giménez Caballero. Por aquel entonces se discutió ampliamente entre la generación joven y la madura sobre temas de Arte y Literatura regionales. La Escuela «Luján Pérez», de Las Palmas, triunfaba justamente en Gran Canaria, primero, y en Tenerife, después, con los trabajos plásticos de sus alumnos, de un acusado sabor racial. El ambiente intelectual era, pues, el más propicio para una exposición sobre temas de Arte y Literatura canarios.

Isla de Promisión nació en aquel medio emocional y se publicó días después de pronunciada en el diario *La Tarde* y en sus números del 9 y el 10 de diciembre. *El Sol*, de Madrid, reseñó la conferencia que entonces llevaba por título «Conversación sobre motivos regionales», y algunos amigos del autor tuvieron la atención de refutar públicamente sus conclusiones. Hecha la anterior explicación para la mejor inteligencia de una obra que ve la luz pública en una hora de nuevo interés por la cultura regional, sólo me resta dedicarla, conforme con mis afecciones, a mis queridos cofundadores del reciente Instituto de Estudios Canarios, a mis antiguos compañeros en la Directiva y Comisión de Cultura de la F.U.E., a los obreros, con quienes trabajé, de aquella alegre fábrica poética de *Cartones*, y muy particularmente a mi siempre amigo Francisco Aguilar, que tuvo la gentileza de hacer mi presentación ante los comunes camaradas y compartir, conmigo, aquella hora inolvidable entre las cinco y las seis de la tarde de aquel 5 de diciembre, brumoso y frío, en una aula de la Universidad de La Laguna.

Todos vosotros¹ habéis, sin duda alguna, pasado de niños por la escuela. Era entonces cuando el maestro, la fina y delgada caña en la mano, iba rezando el rosario del contador de bolas cromáticas, al correr una a una las cuentas de colores que, atravesadas por el pecho, gemían al chocar unas con otras, como un pentagrama de colores vivo, bajo su voz anciana: 1 más 1, 2; más 1, 3... Las cuentas se reunían, se disociaban, sonaban sus colores de arco-iris cristalizado en esferas; pájaros simplísimos en jaula simplísima, acompañadas del coro infantil que respondía a la caña del maestro, la monotonía del 1 más 1. Cuando todas se alineaban de un lado, decíamos justamente: 10. Eran 10, en efecto, las cuentas pasadas: las cuentas blanca, violeta, añil, parda², roja, verde... Quedaban sobre el alambre que las reunía como gotas de una lluvia de colores sobre un cable eléctrico. Cada cuenta era un mundo aparte, una menuda esfera mapamundi que sólo comprendía un país único, con el nombre y nacionalidad de su color. Apoyándome en el recuerdo de estos contadores de bolas cromáticas de mi infancia, he ordenado mi exposición regional en 10 cuentas, dándole a cada una el color de su contenido, desde el blanco inicial al amarillo último, cadena lírica que, con vuestra benevolencia, comienzo a repasar ahora.

BLANCO

CUENTA DE EQUILIBRIO

«Señor, le pido perdón; no hay ningún énfasis en los volúmenes que se ofrecen», escribía Stendhal al Señor Librero al entregarle su «Vida de Napoleón», y añadía: «No se emplean frases pomposas; jamás el estilo quema el papel; jamás se habla de cadáveres: las palabras horrible, sublime, horror, execrable, disolución de la sociedad, etc., no se emplean». Stendhal escapa al calor de estos términos pasionales donde la confusión encuentra acomodo. En este punto he de imitarle en todo, limpiando mi exposición³ de aquellas palabras que tanto frecuentan los pensadores actuales, que eligen sus temas preferentemente del campo de la Política, fuente de inquietudes y exaltaciones peligrosas. No he, tampoco, de hacer mi regionalidad⁴ sobre sus cimientos ya viejos y derruidos, tan fáciles a la anécdota y a la superficialidad; y así, he de oponer la criba del siglo a los vocablos tradicionales: barbarie colonizadora, guanches sacrificados, tagorores deliberantes⁵; ni he de mentar para nada —y ya esto es de notar— el 25 de julio de 1797⁶.

VIOLETA

CUENTA DEL CREPÚSCULO

Si tuviésemos que referir a una imagen el curso literario de Canarias, sería el río español Guadiana quien nos la prestaría: Lagunas de Ruidera, que dieron nacimiento al río, fueron los poetas y prosistas de la antigüedad clásica, cantores del viejo Atlante de la barba de hielo, y del paradisiaco mundo situado fuera del sol y las estrellas comunes, en las siete estrellas hijas de aquel monte, de las que Electra —moderna San Borondón— apenas si se la puede ver, castigada por sus bodas con el mortal Sísifo, cuando sus hermanas fueron desposadas con dioses. Ojos del Guadiana, fueron en el siglo de oro la inspiración marina del divino Cairasco y la musa terrestre del Bachiller Viana. Su desembocadura, por los años del XIX, es desbordada, impetuosa y sobremañera revuelta y confusa: los temas regionales se falsifican como nunca, la isla apenas si se la distingue del Teide, que por otro lado es un ciudadano más, que «vierte lágrimas heladas» a la muerte del historiador Viera, que «en gozo inunda el pecho» por la creación de la Junta Suprema, que participa del regocijo nacional en el día de Isabel II (1844), repitiendo el grito de «¡Salud...!», con que es aclamada la «augusta princesa»; en fin, que es solicitado por los isleños en la inauguración del Puerto Franco, a obligar «altivo a toda nave extraña a saludar el pabellón de España». Se habla mucho en este siglo de «echeydano suelo», «típica folía», «pueblo nivariense», «gofío saludable», «raza guanchinerfe», etc., nubarrones que dan a nuestro cielo poético tonalidades de crepúsculo.

AÑIL

CUENTA DE CANARIAS

Mar, cielo y montañas añiles fueron la patria de Antonio de Viana y Bartolomé Cairasco, creadores de la escuela poética canaria del siglo de oro; aquél, en la isla de Tenerife; éste, en la de Gran Canaria. El árbol de nuestra regionalidad literaria tiene sus raíces en estos dos poetas: prendidas las unas en tierra firme, en nuestras montañas y volcanes; ancladas, las otras, en el océano, empapadas de hondas dimensiones y nutridas de aguas libres y salvajes. Nuestro árbol está a punto de secarse en sucesivas estaciones: el ardiente verano del gongorismo, el frío invierno de la enciclopedia, el desmadejado otoño del romanticismo, malogran sus brotes mejores. Cuidado, después, por los jardineros del fin de siglo —un poco campestres y un mucho dulzones, como todos los jardineros— el árbol de nuestra poética florece. Sus flores —colorido, debilidad, efímera bonitura— corresponden a las palabras de Angel Guimerá al frente de *La Caza*, del poeta Tabares⁷, a quien después de inclinar a que cante la tierra canaria, y de hacer una prolija enumeración de sus calidades y virtudes regionales, termina diciendo: «Hágalo el señor Tabares, y al poema *La Caza* seguirán, de ello estoy bien seguro, otros monumentos de idéntica valía para enriquecer el tesoro canario; contribuyendo además por su parte a educar los espíritus, a fin de que, en tiempo no lejano, ¡ojalá fuese mañana mismo!, reconozcan todos en ese pedazo del mundo, olvidado y menospreciado en medio del Atlántico, su vida propia, en armoniosa confederación con las demás regiones naturales de España». De aquella generación fue el «florecimiento» de nuestro árbol. La madurez de sus frutos, que presagian la semilla, parece haber quedado para la actual generación canaria, a quien sueña el «mañana mismo» de Angel Guimerá.

PARDO⁸

CUENTA DE HUMANIDAD

La parte que de las cosas nos solicita es aquella que tienen de espejo, donde florecen las alusiones. Recuerdo una conversación mía con el poeta Gutiérrez Albelo, de regreso de la playa de San Marcos, pulida como una concha de cristal terminada de plata, en la que refiriéndose a un racimo de plátanos que caía sobre el camino, me decía: «Antes no me hubiese llamado la atención la presencia de este racimo. Ha sido justamente una talla de la escuela canaria *Luján Pérez*, la que ha puesto en mí esta comprensión hacia su constitución robusta y equilibrada, de un verde húmedo y alegre». En su caso, este racimo del camino de San Marcos a Icod era un discípulo ausente de aquella escuela cuyo patrón copiaba. Sembradores de alusiones deberían ser los prosistas y poetas de la novísima generación, dejando su alma impresa aquí y acullá, en esta y aquella cosa. Cuando el paisaje canario esté florido de alusiones, cuando esté regado de humanidad, podremos descansar a su sombra y sentirnos uno y lo mismo, amando a las cosas porque serán entonces nuestras, parto de nuestro espíritu en su recreación, digo, en su creación segunda, que es la que nos eleva, porque la otra nos viene extranjera y vacía, como un odre al que tuviéramos que echarle el vino.

ROJO

CUENTA DE PASIÓN

Oscar Wilde, después de Honorato de Balzac, fue quien dijo⁹ que ya no sólo el Arte es superior a la Naturaleza, sino que la Naturaleza copia al Arte. Después del impresionismo, todas las brumas son bellas porque hemos visto sus cuadros. Nos regaló el cubismo la belleza de la geometría de las grúas. Escondedle al paisaje su literatura, y le habréis robado su nervio. Borrada de la memoria los cielos claros renacentistas, y nuestros crepúsculos admirables del norte de la Isla habrán desmerecido en vuestra consideración. Desatended la plástica clásica, y el atletismo perderá su baño colosal de formas. Es preciso, pues, poner escuela para la Naturaleza, donde vayan a aprender su lección las flores y las piedras, los animales y los árboles, los valles y las montañas. Que cada cosa adquiera su ilustración, que cada objeto reúna su caudal de alusiones. Es necesario crearle un significado al paisaje, copiando a los aprendices de geografía que iluminan sus mapas dándole un color distinto a cada país. Nosotros mismos hemos de buscar el que al nuestro convenga, y dárselo para su distinción, después. Esta labor puede ser que sea la que la generación 1930 está llamada a realizar¹⁰.

VERDE

CUENTA DE PRIMAVERA

Llamo yo generación 1930 a la que en este año ofreció al público culto una revista que la reunía bajo un nombre común: *Cartones*. No he de registrar nombres que en la memoria de todos están, y sólo, sí, he de señalar una intención desnaturalizada, una intención franca y serenamente elaborada de dar traducción al lenguaje poético de las cosas originales de Canarias. De nada nos debieran importar nuestras montañas si no hemos de comprenderlas para llegar a sentirlas, haciéndolas nuestras por una segunda creación. Creyente de la máxima de Wilde, la generación 1930 fue a rellenar los odres vacíos que las pasadas generaciones le habían dejado así: vacíos¹¹. El cerebralismo¹² que se quiso atacar en *Cartones* fue su virtud que más se debió encomiar, ya que, según entiendo, la Naturaleza forma al hombre, pero el hombre da forma a la Naturaleza¹³.

AZUL

CUENTA DE INFINIDAD

Es de otro día mi sentimiento del paisaje canario¹⁴, de su verticalidad lírica y espiritualizada, del predominio de los volúmenes angulares que aluden al escape, de la aportación redonda del mar y del cielo, con un significado de eternidad. Hablaba, entonces, de la vertical —órgano sin música del cardón, lanza de la pitera, aguja del pino— en armonía con las circunferencias (cifras de eternidad; ni principio, ni fin: causa y ser) marina y celeste. Hablaba de nuestros elementos regionales en su individualidad: lirismo, junto a infinito; espiritual, junto a eterno; y, en su suma: natural sentimiento místico de nuestro paisaje, carácter de vertical elevación y de profunda religiosidad; teoría, aún en capullo, que espera su florecimiento.

NEGRO

CUENTA DE CAUTIVERIO

Nuestro paisaje está cautivo en las cárceles del «regionalismo», y del «tipismo». Quien piense seriamente en la regionalidad canaria, ha de lamentar esta desgracia dolorosa. Los «ismos» son los agujeros de los vocablos, que los vacían, arruinándolos. Hemos de apresurarnos —los que pensemos en 1930— a cubrir estos derrames producidos por quienes se han tomado a su cargo el de celadores de nuestra regionalidad. Contra ellos hemos de arremeter en santa cruzada como manda nuestro don Miguel de Unamuno que arremetamos contra los bachilleres, curas, barberos, duques y canónigos que tienen ocupado el sepulcro de don Quijote, cuya ocupación tratan de defender con razones que no lo son: «A estas razones hay que contestar con insultos, con pedradas, con gritos de pasión, con botes de lanza. No hay que razonar con ellos. Si tratas de razonar frente a sus razones estás perdido». Nuestra juventud y arrojo triunfarán de las puertas de sus fortalezas de papel, que nos devolverán a nuestra regionalidad cautiva, tabla a quien fiar la salvación de este naufragio en el océano de lo impersonal anecdótico.

NARANJA

CUENTA DE FUEGO

Las cosas viven indiferentes fuera de nosotros. El Arte aspira, sin embargo, a conseguir el deshielo de esta indiferencia, a poner las cosas bajo el dominio del espíritu. Con una frase gráfica, podría decirse que el Arte es la religión de las cosas, que es él quien, consagrando las cosas que son simplemente cosas, logra las cosas que son superiormente sentimientos. He aquí cómo yo entiendo el Arte, como la consagración del Mundo cósmico. Son los artistas, naturalmente, los ministros natos de esta religión; en sus manos, la cosa consagrada, elevada a sentimiento, adquiere categoría de substancia enriquecida en dogma... Pensar quiero que nuestra generación novísima llevará a cabo la consagración de Canarias, que su fuego poético incendiará nuestro paisaje y nuestro sentimiento. Sueño ver en sus manos el pan de nuestra regionalidad, consagrado, expuesto en la obra artística alta y solemne, como una custodia en día de manifiesto.

AMARILLO

CUENTA DE GLORIA

Vino, sangre de Canarias; Canarias, parra de Europa: He aquí cómo se imaginaría un continental nuestro Archipiélago hace unas centurias. El mosto canta en los toneles su canción de fuego. Canta el mosto y canta todo el Archipiélago borracho de gloria. El vino, zumo de nuestros campos, enciende la luz de Canarias en las copas de Europa, y haciendo escapadas a las buhardillas cerebrales de los continentales afortunados, provoca incendios en la razón. Shakespeare, Walter Scott, Voltaire, Kuprin, Goldoni, Gauthier, Casanova, Mayne Reid, Feijóo¹⁵..., cantan la tibieza aromada de este vino, su baile en las venas, su iluminación de los ingenios de sus bebedores. Doll Teart Sheet entra borracho en la taberna de Eastcheap, y su hostelera, Mistress Quickly, advierte que ha bebido demasiado Canarias: «vino maravilloso y sensitivo que perfuma la sangre». Lo advierte Mistress Quickly, y nos lo cuenta Shakespeare, en su *The second part of King Henry the Fourth* (act. II, esc. IV). El gigantesco Shakespeare es quien más celebra el Canarias y es su más eximio cantor, circunstancias que me incitan a sólo hablar de él y de su obra, en esta última cuenta. En *Twelfth Night, or What You Will* (act. II, esc. III), Sir Toby Belch recomienda al decaído Sir Andrew Aguecheek, una copa de Canarias que le falta. Y, el dueño de la posada Inn se despidе para beber con su honrado caballero Falstaff Canarias juntos, desde el escenario de *The Merry Wives of Windsor* (act. III, esc. II). La novísima generación canaria debiera —y estoy seguro que lo conseguirá— abrir ríos de Canarias impresos, capaces por su universalidad de servirse en todas las copas nacionales, y capaces también, por su originalidad racial, de emborrachar los espíritus que le prueben, dejando en los labios ese sabor suyo tan canario y tan mundano a la par¹⁶.

NOTAS

¹ En *LT* el texto empezaba con el vocativo «Universitarios.».

² En *LT* «ocre»; el cambio se da aquí por haber sido modificado también el título del capitulillo «Cuenta de humanidad».

³ En *LT*, «conversación».

⁴ En *LT*, «mi regionalidad de esta tarde».

⁵ La ironía del autor apunta aquí al interés por los tiempos de la conquista de Canarias que reapareció en los poetas de la llamada «Escuela Regionalista» insular de fines del siglo XIX.

⁶ El 25 de julio de 1797 es la fecha en que termina, sin éxito para Nelson, el famoso ataque naval inglés a Santa Cruz de Tenerife. La victoria obtenida por los canarios que defendieron la isla fue exaltada repetidamente por los poetas del siglo XIX, desde los prerrománticos Graciliano Afonso (1775-1861) y Rafael Bento (1782-1831) hasta los «regionalistas» José Tabares Bartlett (1850-1921) y Antonio Zerolo Herrera (1854-1923).

⁷ Se refiere a José Tabares Bartlett (citado en la nota anterior), cuyo poema *La caza* apareció en 1908 con un prólogo de Angel Guimerá.

⁸ Según hemos indicado ya en la nota 2, este capitulillo se titulaba «Ocre» en *LT*.

⁹ En *LT* este capitulillo empezaba: «Creo que fue Oscar Wilde quien dijo que...».

¹⁰ Aquí concluía la primera parte publicada en *LT* (el 9 de diciembre de 1930). Bajo la firma llevaba la indicación «Icod (Tenerife)».

¹¹ En *LT* el texto seguía así: «La feliz poetisa Carmen Jiménez —hasta hace muy poco esta Universidad conocía de su presencia— en un poema inspirado que titula «Montañas», gana para nuestra causa este elemento del paisaje canario. La conquista de otros dos elementos, la tunera —estatismo, elemento continental africano— y la pitera —agresividad, elemento insular canario— corresponde a nuestro aún compañero en las aulas Oscar Pestana Ramos. Perico García, cazador afortunado que un día cobró caza mayor en *Liquenes*, da una batida justa y eficaz al ágave, que viene a enriquecer nuestro museo. En fin otros amigos, inclinados hacia campos extra-regionales, ayudaron a levantar la fábrica maravillosa de esta revista, saludada con doble bandera de júbilo y cariño por la mejor prensa española». El poema «Montañas» de Carmen Jiménez se incluía en *Cartones*, al igual que el texto «Pitera y tunera» de O. Pestana Ramos, del que Lorenzo-Cáceres toma literalmente la contraposición «tunera-estatismo» frente a «pitera-agresividad». El «Perico García» que «da una batida» al ágave no es otro que Pedro García Cabrera, que colaboraba en *Cartones* con un poema titulado «Pitera». (Recuérdese que sus coetáneos llamaron de este modo a García Cabrera en distintas ocasiones. Véase como ejemplo el poema «El presentado sin el presentante», de 1935, de Emeterio Gutiérrez Albelo,

recogido ahora en E. G. ALBELO, *Poemas surrealistas y otros textos dispersos (1929-1936)*, citado en la «Introducción» de este volumen.)

¹² Francisco Rodríguez Cirugeda, en una reseña elogiosa pero no exenta de críticas («*Cartones* y el regionalismo», *La Tarde*, 26 de junio de 1930), había expresado su «desconfianza hacia el regionalismo cerebral que constituye el núcleo de *Cartones*».

¹³ En *LT* el capitulillo concluía con la siguiente frase: «Discúlpeseme, que habiendo sido obrero de aquella alegre primavera canaria, sea su vengador ahora, en gracia a no defender mi obra, puesta a salvo, sino a desagraviar a aquellos compañeros desagraviados ya —¡y cómo!— víctimas de la envidia y la incompreensión». El autor alude a Ramón Gil Roldán (1881-1940) (cuya obra poética se relaciona, según Valbuena Prat, con la de la «Escuela Regionalista»), quien criticó el ensayo-manifiesto «El hombre en función del paisaje» leído por Pedro García Cabrera en el marco de la Exposición de la Escuela «Luján Pérez» en mayo de 1930. García Cabrera había respondido a esas críticas de Gil Roldán al publicar su ensayo en la prensa, en aquel mismo mes (ver nota 3 de nuestra «Introducción»).

¹⁴ El autor se refiere a su breve ensayo «Geometría del paisaje», publicado en junio de 1930 (y recogido en apéndice en este volumen).

¹⁵ En *LT* esta relación de nombres se limitaba a los tres primeros.

¹⁶ En *LT*, después de la firma, aparecía la siguiente nota: «Esta 'Conversación sobre motivos regionales' fue leída el pasado viernes, ante la Asociación Universitaria de Canarias, por don Andrés de Lorenzo-Cáceres, miembro universitario de aquella asociación. Corresponde al ciclo de conferencias organizado por la citada entidad y hace el número 3. Don Francisco Aguilar hizo una presentación justa y extensa del tema y del conferenciante, en una oración lo-grada y erudita».

APÉNDICE

GEOMETRÍA DEL PAISAJE

por ANDRÉS DE LORENZO-CÁCERES

*A Rafael Monzón, mirada
vertical del paisaje de su isla.*

Sospechamos que nuestro paisaje insular fue trazado con falsilla. Vino esta idea a nosotros, durante una puesta de sol en el Norte. Sobre el horizonte, en esa hora en que los rayos crepusculares son perfectamente distintos, corría una embarcación menuda. Era tan perfecta la adecuación de la hipotenusa de la vela con las líneas luminosas, que la imagen de una escuadra deslizada, en dibujo de paralelas, sobre una regla, fue inevitable. Misión de la nave, parecía, ordenar la caída de las rectas solares.

Pues bien; situándonos en el valle, mientras la luz —anatomizadas sus fibras— declina, la vegetación se yergue; y es el agave quien hace de la vertical su médula. Erguido, los brazos en cruz, imaginárasele regulador de la circulación del viento. Apenas si resistimos la tentación de admitirle una N en el extremo de aquel de sus brazos que mira al norte. Con ello, no hemos hecho sino repetir lo que ya practica la vegetación circundante y afirmar lo que el agave tiene de campanario.

Volviendo del valle al océano, ya no miraremos el crepúsculo, cifraremos nuestra atención en el mástil, vertical oceánica. Estas dos verticales determinan el plano de ascensión de nuestro paisaje, recogiendo lo que pudiera perderse horizontalmente y ordenándolo verticalmente. El valor de esta verticalidad, quede apuntado con la confesión de que por ella se nos presenta vivo. Fatalmente, lo que muere se acuesta; lo que enferma, se inclina.

Todo lo interior, refiérase a lo que pudiéramos llamar geometría plana del paisaje. En cuanto a su geometría del espacio, declaremos

los volúmenes piramidales —la pirámide—, y la evolución de estos volúmenes piramidales —el cono—. Siempre ha sido propio de las puntas, insinuar la idea de escape. Ordenándose estas puntas en volúmenes verticales, el escape se dirigirá ascensionalmente. Cuando canta un pino por sus pájaros, pongamos por caso, el cántico afluye como un chorro líquido, verticalmente por el vértice, ni más ni menos que el agua en el surtidor. (A propósito de esto, me parece que ya es hora de que veamos los volcanes como pirámides; sin perjuicio, claro está, de dejarles sólo en pirámides.) Con estas breves insinuaciones, quizá podamos ya decir, de una vez para siempre, que el paisaje insular es un paisaje espiritualizado, verticalmente lírico.

Llegamos a quienes pregonan la esfera y el círculo. Esta aparente contradicción entre lo puntiagudo y lo redondo, no dificulta sino que ayuda nuestra solución. Si la verticalidad dábele al paisaje un contenido espiritual, la redondez le señala un carácter eterno. (Si tuviésemos que representar la eternidad, la cifraríamos en un círculo; ni principio, ni fin; causa y ser.) El cielo —esfera— y el mar —círculo—, vienen a unirse a los restantes elementos integrales de nuestro paisaje con una aportación de profundidad. Y ahora, nos encontramos, de un lado, con formas angulares; de otro, con formas circulares. Nos encontramos con lo espiritual junto a lo eterno, con lo lírico junto a lo infinito; preciosos sumandos con un bello total: el sentimiento místico de nuestro paisaje, carácter de vertical elevación y de profunda religiosidad.

[*La Tarde* (Santa Cruz de Tenerife), 26 de junio de 1930.]

TELEGRAMAS DE URGENCIA SOBRE «ISLA DE PROMISIÓN»

por EMETERIO GUTIÉRREZ ALBELO

Andrés de Lorenzo-Cáceres nos ha regalado con su primer libro. Este primer libro es un cuaderno de hojas primaverales, que recogen el texto de una conferencia sobre temas del paisaje y la literatura de las Islas. Leída por su autor el año 1930, en la Universidad de La Laguna. Entregada —ahora— al viento publicitario, con este letrero: *Isla de Promisión*.

Cuando mis manos han pulsado estas páginas, despaciosamente. Gozando, uno a uno, todos sus encantos. Cuando mis manos han corrido sobre este teclado de altura. Ha sido con la misma actitud temblorosa, emocionada, de quien deshoja los rosales del alba.

El aire que levanta este abanico de gracia es un aire de limpieza. Fino. Mañanero. Que lleva en sus alas, clavado, el concepto dorsiano de la claridad.

Cuando el caballero abrió la puerta de la amanecida, dos caballos galoparon a su encuentro. El uno: piel oscura, magníficos saltos salvajes, ojos de llamas. Y encrespada, romántica pelambre, al viento.

El otro: piel de plata, rítmico trote, no exento de fuego, pero: contenido, disciplinado, dócil a las riendas rectoras, y a músicas bien peinadas.

Rosas de indecisión abrían en el camino sus pomos sirenaicos.

El caballero, apoyando elegantemente su pie en el estribo azul, montó sobre la clásica armonía del segundo.

El cazador de flores, de nubes, de constelaciones... corrió tras de una isla, que, en engañoso espejismo —San Borondón mágica—, navegando en el viento, defraudaba sus ímpetus cetreriles. Nemrod poético, ensangrentado en zarzales imprevistos, portaba a su espalda, no obstante —alegremente—, un carcaj de ambiciones y esperanzas.

Sobre su pecho, temblaban los brillos de heptacromos collares.

No con silbadoras flechas, sino con ágiles lazos de caballista, se patentizó el triunfo de la caza.

Quedó la Isla, fija allí. Sin burladores espejismos. Sin brumas tradicionales. Desnuda.

(Más tarde, los peregrinos de poesía, encallando sus pechos —transidamente— en aquellas playas de promisión.)

G. A.

[*La Tarde* (Santa Cruz de Tenerife), 30 de noviembre de 1930.]

PUBLICACIONES ISLEÑAS
«ISLA DE PROMISIÓN»
POR ANDRÉS DE LORENZO CÁCERES

por MARÍA LUISA VILLALBA [MARÍA ROSA ALONSO]

La impresión Católica ha editado un lindo folletito que es el Reglamento 1930 del limpio prosista Andrés de Lorenzo Cáceres. Sus treinta páginas encierran el texto de una conferencia leída en la Universidad de La Laguna hace dos años, sobre temas que preocupaban entonces y ahora, y que *El Sol* de Madrid reseñó elogiosamente. Andrés de Lorenzo prende de diez colores —diez cuentas de color— los hilos sutiles, bellos que caen de su pluma en forma de palabras armoniosas, devotamente cuidadas. Diez cuentas de colores, nostálgicas de la vieja lección que versifica Antonio Machado:

Una tarde parda y fría
de invierno. Los colegiales
estudian. Monotonía
de lluvia tras los cristales
.....
Y todo un coro infantil
va cantando la lección:
mil veces ciento, cien mil;
mil veces mil, un millón.

De estos cientos y miles, Andrés de Lorenzo entresaca diez colores: Blanco, violeta, añil, pardo, rojo, verde, azul, negro, naranja, amarillo. Tonos que enmarcan cosas de Canarias, gritos de generación, bellas citas doctas. Permítanos el pulcro autor que reproduzcamos las páginas que titula el color de nuestros armoniosos maestros cantores.

«AMARILLO
Cuenta gloria

Vino, sangre de Canarias; Canarias, parra de Europa: He aquí cómo se imaginaría un continental nuestro Archipiélago

hace unas centurias. El mosto canta en los toneles su canción de fuego. Canta el mosto y canta todo el Archipiélago borracho de gloria. El vino, zumo de nuestros campos, enciende la luz de Canarias en las copas de Europa, y haciendo escapadas a las buhardillas cerebrales de los continentales afortunados, provoca incendios en la razón. Shakespeare, Walter Scott, Voltaire, Kuprin, Goldoni, Gauthier, Casanova, Mayne Reid, Feijóo..., cantan la tibieza aromada de este vino, su baile en las venas, su iluminación de los ingenios de sus bebedores. Doll Teart Shett, entra borracho en la taberna de Eastcheap, y su hostelera, Mistress Quickly, advierte que ha bebido demasiado Canarias: «vino maravilloso y sensitivo que perfuma la sangre». Lo advierte Mistress Quickly, y nos lo cuenta Shakespeare, en su *The second part of King Henry the Fourth* (act. II, esc. IV). El gigantesco Shakespeare es quien más celebra Canarias y es su más eximio cantor, circunstancias que me incitan a sólo hablar de él y de su obra, en esta última cuenta. En *Twelfth Night, or What You Will*, (act. II, esc. III), Sir Toby Belch recomienda al decaído Sr. Andrew Aguecheeck, una copa de Canarias que le falta. Y, el dueño de la posada Inn se despide para beber con su honrado caballero Falstaff Canarias juntos, desde el escenario de *The Merry Wives of Windsor*, (act.III, esc. III). La novísima generación canaria debiera —y estoy seguro que lo conseguirá— abrir ríos de Canarias impresos, capaces por su universalidad de servirse en todas las copas nacionales, y, capaces también, por su originalidad racial, de emborrachar los espíritus que le prueben, dejando en los labios ese sabor suyo, tan canario y tan mundano a la par.»

[Hoy (Santa Cruz de Tenerife), 10 de diciembre de 1932.]

CUENTA DE PASIÓN

LA ISLA PROMETIDA DE A. DE LORENZO CÁCERES

por AGUSTÍN ESPINOSA

Se me incendian hoy las palabras. Se me enverdece el alma. Algo como un sueño de Dios me enerva. Algo que no sé lo que es, pero que medio entreveo entre los colores de un nuevo arco iris de luminosas esferas minúsculas. Algo nítido y hondo, avalorado por una palabra —promesa— y circundado de azul navegable. Algo de lo que no se sabe qué pensar, con qué cielos cubrirlo, para qué tarde citarle y por qué y cómo y dónde.

Yo no sé realmente de qué manera definir, como fenómeno actual, no pasado ni futuro, el que, dentro de la nueva literatura española, representa Andrés de Lorenzo Cáceres, autor de *Isla de Promisión*, libro de varias cuentas: cuenta de equilibrio, cuenta de crepúsculo, cuenta de humanidad, cuenta de pasión, cuenta de primavera, cuenta de infinitud, cuenta de cautiverio, cuenta de fuego, cuenta de gloria.

Porque ¿qué tienes tú que ver, lector, qué tengo yo, escritor, que ver con Andrés de Lorenzo Cáceres, prosista exquisito de la nueva generación canaria, fuera de la policromía de sus diez esferas actuales?

Veamos ante todo con qué cuenta y con qué no cuenta Andrés de Lorenzo Cáceres; qué ama y qué no ama; qué tiene y qué no tiene.

Tiene —y esto es ya algo—, Andrés de Lorenzo Cáceres, una isla prometida, como la fuente de Juan Ramón tenía una quimera:

*el jardín tiene una fuente
y la fuente una quimera
y la quimera un poeta
que se muere de tristeza...*

Como el jardín de Darío, una estatua bella:

*En mi jardín se vio una estatua bella:
se juzgó mármol y era carne viva:
un alma joven habitaba en ella
sentimental, sensible, sensitiva...*

Andrés de Lorenzo Cáceres tiene una isla de promisión. Tiene una isla sobre la que sabe decir poéticas cosas exactas. Una isla abstracta, ideal, profética. Una isla de San Borondón con parrales históricos, testimoniados ya por Shakespeare y aun por Mayne Reid. Una isla de soledad, que busca desolearse, que lucha por ello y en cuyo batallar es animada por el alto redoble de las parras.

Sólo que con este vino mundano y canario de la promesa y el apólogo, se emborracha Lorenzo Cáceres con omarkayánica y baudeleriana borrachera, con borrachera que él oculta tras los ademanes correctos y el traje impecable del honorable gentleman, haciéndole borrachera pulcra, borrachera de buen dandy, borrachera sin tumbos, sin gritos, sin tartamudeos. No de otra manera que el buen equilibrista embriagado sabe hacer rectamente sus primorosas geometrías aéreas.

Frente a la prosa esmerada, fragante, minuciosa y limpia de Andrés de Lorenzo Cáceres, la palabra «clasicismo» intenta en vano dar un nombre a lo que poco o nada le conviene. Porque no es clasicismo todo lo que reluce. Y es, en cambio, romanticismo todo lo que no reverbera.

A Andrés de Lorenzo Cáceres se le escapa a veces el romanticismo por una rendija insospechada de su alto corsé clásico, cuando, por ejemplo, evoca «aquella hora inolvidable entre las cinco y las seis de la tarde de aquel 5 de diciembre, brumoso y frío, en un aula de la Universidad de La Laguna».

Mariano José de Larra aplaude desde el cielo las canarias palabras de este su nieto del Atlántico. De este Andrés de Lorenzo Cáceres, pensando en quien pudo muy bien Xenius hacer esta afirmación voluntaria: «Dictar las tablas del clasicismo entre rayos, truenos y zarzas ardientes es obra de romanticismo. Colonizar algunas islas de misterio y sujetarlas al imperio de la razón es obra de clasicismo. Téngase presente.»

Cuenta de pasión titula el joven prosista uno de los capítulos de su libro, y yo mi nota presente. Cuenta de pasión, que pasa y repasa, por entre sus dedos poéticos, como un esférico corazón sangrante. Cuenta de pasión que acabará tiñendo con su roja fluencia las manos que la aprietan. Cuenta de pasión que espera ser saldada con un incendio próximo, con regocijo no infernal recibido y saludado con no menos alarma.

[*La Prensa* (Santa Cruz de Tenerife), 31 de diciembre de 1932.]

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	7
Nota sobre la edición	19
ISLA DE PROMISIÓN	
Prólogo de 1932	23
<i>Todos vosotros</i>	25
Blanco. Cuenta de equilibrio	27
Violeta. Cuenta del crepúsculo	28
Añil. Cuenta de Canarias	29
Pardo. Cuenta de humanidad	30
Rojo. Cuenta de pasión	31
Verde. Cuenta de primavera	32
Azul. Cuenta de infinidad	33
Negro. Cuenta de cautiverio	34
Naranja. Cuenta de fuego	35
Amarillo. Cuenta de gloria	36
NOTAS	37
APÉNDICE	
Geometría del paisaje, por Andrés de Lorenzo-Cáceres	43
I. Telegramas de urgencia sobre <i>Isla de promisión</i> , por Emeterio Gutiérrez Albelo	45
II. <i>Isla de promisión</i> , por María Rosa Alonso	47
III. Cuenta de pasión. La isla prometida de A. de Lorenzo- Cáceres, por Agustín Espinosa	49

Isla de Promisión,
de Andrés de Lorenzo-Cáceres,

ACABÓ DE IMPRIMIRSE EN LOS TALLERES DE LA
IMPRESA EL PRODUCTOR, S. A., BARRIO NUEVO
DE OFRA, Nº 12, LA CUESTA, LA LAGUNA DE
TENERIFE, EL DÍA 30 DE MARZO DE 1990.
EN SU COMPOSICIÓN SE USARON TIPOS TIMES DE
9:10 PUNTOS.

La edición estuvo al cuidado de
Andrés Sánchez Robayna

EDICIÓN DE 500 EJEMPLARES

INSULÆ CANARIÆ
MCMXC

